

de su penosa empresa, como lo leemos en Ezequiel. ⁽¹⁾ Pero, como instrumentos de la mano de Dios, deben someterse á sus designios, y aun aceptar que el mundo, por cuya causa llevan esta carga, los desdeñe y los desprecie, por más que no sea difícil responder á la pregunta sobre quién es más amable, si Herodías ó Juan Bautista, si la Pompadour y las marquesas ó el santo mendigo de Roma.

Ahora bien, esto no se aplica á hechos aislados de extraordinaria austeridad, sino á clases completas de servidores de Dios.

Nadie pondrá en duda que Dios fué el que ofreció, como médico, al mundo antiguo agonizante, aquel maravilloso ejército de Padres del desierto.

Nadie negará que la vida religiosa, como plantel de la perfección, debe igualmente realizar una empresa grandiosa, con relación al mundo, como institución de salvación.

En un tiempo en que el trabajo era despreciado, y únicamente honroso el oficio de las armas, aparece San Benito en la escena de la historia para llenar una misión, cuyas consecuencias obligan al mundo á gratitud eterna. Cuando el lujo y el orgullo llegaron á comprometer en el mayor grado la fe y la vida cristiana, aparecieron las grandes Órdenes mendicantes de Franciscanos y Dominicos.

San Ignacio opuso su fundación á la disolución de toda disciplina eclesiástica, causada por la Reforma, fundación que muestra precisamente, por el odio que le profesan todos los enemigos de la Iglesia, cuán sólido antemural es para ésta, y qué dique indestructible contra el espíritu anti-eclesiástico ha construído Dios con sus manos.

Considerada desde este punto de vista, la vida de muchos santos, tomada aisladamente, tiene mayor importancia que cuando se la aprecia únicamente en sí misma.

La actividad maravillosa de San Vicente de Paúl es ya suficientemente grandiosa en sí misma. Sin embargo, la fisonomía de este apóstol de la caridad aparece envuelta en luz todavía más brillante, si consideramos el fondo sobre

(1) Ezech., IV, 4 y sig.

el cual se destaca, es decir, la época de salvajismo y de miserias indescriptibles provocadas por las guerras de religión.

Por lo contrario, la importancia de San Francisco de Borja y de San Luís Gonzaga es demasiado pequeña en apariencia, cuando apreciamos tan sólo su persona. Pero si vemos en el uno al miembro de una familia que se había conquistado en la historia un nombre de triste celebridad, y en el otro el vástago de una de esas numerosas casas de tiranos italianos que á menudo honraban poco la verdad y la virtud, se nos ofrecen como dos grandes modelos de expiación y sacrificio, aptos para reconciliarnos con todas las impresiones dolorosas que semejantes recuerdos despiertan en nuestro corazón.

Del mismo modo, puede ocurrir que más de un santo haya sido superior á San Francisco de Sales en grandeza personal. Pero si consideramos la triste situación de la Iglesia en su época, la sombría llaga del jansenismo, que tan grandes estragos causó en el Cristianismo, y el trastorno de todas las ideas que el desorden del tiempo procuraba curar únicamente con externa y superficial severidad, y que en realidad no hacía más que fomentar; si además tenemos en cuenta aquella inaudita sed de luchas, que tan grandes males causaba entre los mismos hijos de la Iglesia en el dominio de la fe, de la moral y de la vida pública, comprenderemos que aquel hombre de Dios, tan dulce, tan silencioso, tan interior, apóstol y héroe de la libertad, debía resolver una empresa general de la más alta importancia.

Lo mismo puede decirse de San Alfonso de Ligorio.

Pregúntase uno cómo un hombre que, entre todos los maestros de la santidad, ha sido el menos original, ha podido ser elevado á la categoría de Doctor de la Iglesia.

Sin embargo, precisamente en ello consiste su grandeza extraordinaria. La discusión había durado demasiado tiempo entre los teólogos y los escritores católicos. Sin duda que había ofrecido excelentes aspectos; de lo contrario,

no la hubiera permitido Dios. Pero, gracias á las pasiones humanas, había igualmente producido una corrupción completa. Hora era ya de seguir otra dirección. En vez de volver sus armas los unos contra los otros, aquellos que tienen la misión de defender á la Iglesia debían unirse contra el enemigo común. Pues bien, el gran santo era el destinado á emprender la realización de esta empresa.

Lo que no parece original en él, es quizás lo que es más original, á saber, que no quiere decir nada de nuevo, sino unir, dulcificar, apaciguar, nivelar todas las maneras de ver.

Así es como logró resolver una misión que, á la verdad, no está terminada todavía, pero que, ahora que se le ha dado el impulso, lo será muy pronto,—así lo esperamos—gracias á la cooperación de todos los que toman á pechos el honor de Dios y la salvación del mundo.

5. Los santos como jueces del mundo.—Llévanos esto á considerar la importancia de los santos desde otro punto de vista.

Jesucristo no ha venido al mundo para juzgarlo. ⁽¹⁾ Pero los que no lo aceptan por Salvador, lo tendrán de juez. Y así es como, aunque quiere dar la vida á todos, será para muchos causa de ruina. ⁽²⁾

Lo mismo ocurre con sus servidores, los santos. Á la verdad, los ha enviado á todos para trabajar en la salvación del mundo. Pero se convertirán en jueces para todos los que no los hayan aceptado como médicos. De aquí que no sólo se haya dicho de los Apóstoles que «juzgarán á las doce tribus de Israel», ⁽³⁾ sino que se ha dicho en general: «¿No sabéis que los santos juzgarán al mundo?» ⁽⁴⁾

Motivo de dicha es para este último, y prueba de la caridad de Jesucristo, que los santos sean los encargados del juicio.

(1) Ioan., III, 17.

(2) Luc., II, 34.

(3) Matth., XIX, 28.

(4) I Cor., VI 2.

Convencido de tres cosas debe estar el mundo: del pecado, de la justicia y del juicio. ⁽¹⁾

Que el mundo se convenza únicamente del pecado, y este juicio se realizará por sí solo. Para esto existe la conciencia; los satíricos, los moralistas severos, los filósofos y los historiadores realizan suficientemente esta empresa.

Tampoco tienen los santos necesidad de convencer al mundo de la existencia del juicio; de ello se encargan los castigos de Dios aquí bajo, y los condenados en la eternidad.

Pero preciso es que el mundo se convenza de la justicia, para que no pueda acusar á Dios de injusticia, exigiendo cosas imposibles.

Este juicio está reservado á los santos. Su vida con sus defectos, su conversión, sus castigos, sus luchas grandiosas, sus obras de supererogación, constituyen el libro por el cual seremos juzgados todos un día. ⁽²⁾

Pero los santos realizan ya esta empresa aquí bajo, y esto por modo evidente, siquiera los pueblos finjan no comprenderlo.

Esto nos conduce á la dificultad que todos hemos oído formular: Si la religión católica es la verdadera, ¿de qué proviene la decadencia de los pueblos católicos?

En los países en que únicamente se evalúa la felicidad según el dinero y las comodidades de la vida, v. g., en Inglaterra, una de las razones principales que se oponen á la aceptación de la fe católica consiste en que los que la profesan están casi en todas partes atrasados desde el punto de vista de la civilización externa, del refinamiento de las costumbres, del bienestar y de los progresos físicos. ⁽³⁾

Pero esta misma dificultad se presenta á menudo también en cosas más importantes.

(1) Ioan., XVI, 8.

(2) Gregor. Magn., *Mor.*, 24, 16, 18.

(3) Newman, *Lectures on certain difficulties felt by anglicans*, (2) 182 y sig.

Si comparamos—se dice—el estado normal y religioso, la situación social, y, sobre todo, el arte y la literatura de los pueblos católicos de antaño con los actuales, ¿no nos vemos obligados á confesar que éstos están en todas partes atrasados, que son pueblos en decadencia?

Antes de responder á la objeción, preciso es formularla bien.

Con frecuencia, como ya lo hemos indicado, se entiende por semejante prosperidad la abundancia de bienes temporales. Pero las riquezas nada tienen que ver con la verdad y la religión. De lo contrario, el Hijo de Dios, que era pobre, hubiese sido vencido en su lucha con el espíritu de este mundo. Entonces, para hablar con Alban Stolz, la religión de Rothschild sería la mejor, y el culto del Moloch de los antiguos tirios y sidonios, sería aún preferible. ⁽¹⁾

¡Que Dios, en su bondad, preserve á los pueblos católicos de la dicha de Inglaterra, en donde los 10.000 ricos convertidos en proverbio nadan en el oro, en tanto que á su lado hay millares de pobres criaturas roídas por la miseria!

Según el funesto principio de la prosperidad general, el país más dichoso sería, sin duda, el que amontonase más dinero. Pero los pueblos no creen en él. Y de hecho, un mendigo italiano, ó aun español, es un hombre feliz y digno de envidia, en comparación del obrero inglés ó belga, y se considera mucho más libre que el funcionario prusiano frente á su superior.

No se trata, pues, de establecer una comparación entre el bienestar exterior de los pueblos católicos y no católicos, sino de saber si los llamados países católicos han progresado ó retrocedido relativamente á los bienes que en realidad ennoblecen la vida y la hacen feliz.

Ahora bien, no es dudoso que, desde este punto de vista, se ha producido de mucho tiempo acá un retroceso considerable. En lo referente á la piedad, á la fidelidad á la

(1) Stolz, *Besuch bei Sem, Cham und Japhet*, 469 y sig.

fe, á la virtud, á la moral pública, á la educación del corazón,—y tales son las cinco bases fundamentalmente esenciales de la civilización y de la felicidad de los pueblos—la comparación entre los tiempos pasados y los actuales, es desfavorable á la época presente.

Todavía es innegable un retroceso lamentabilísimo en otros dos puntos: el amor al trabajo y la cultura externa.

La mayor parte de los pueblos en otro tiempo católicos, han perdido, probablemente á causa de la convicción en que están de poseer la verdad, los dones que poseían. Se han abandonado á una falsa seguridad y á la suficiencia personal, y aun han mirado con desdén los esfuerzos, la solicitud, las investigaciones y los trabajos excesivos de sus vecinos, han caído de su elevación bajo todos conceptos en las ciencias y en las artes, en la civilización y en el bienestar, y se han dejado superar por otros.

Pero ¿qué prueba esto? ¿Que la religión de los pueblos católicos no es la verdadera? ¿Que su religión es la causa de su decadencia?

¡Pueblos católicos! Pero ¿dónde se encuentran ya? ¿Dónde encontrar aún gobiernos que puedan llamarse católicos? Conocemos países católicos en que todavía se mantienen los contratos celebrados con la Iglesia Católica para no perder las ventajas que á ellos van unidas. Pero no conocemos uno en que las leyes de la Iglesia sean consideradas como línea de conducta para la vida pública, y en que ni siquiera puedan ser observadas sin trabas.

¿Cómo, pues, la decadencia de estos pueblos podría ser considerada como argumento contra la causa católica?

Por lo contrario, afirmamos que semejante hecho es una prueba poderosa en favor de la causa católica.

Sí, precisamente porque estos pueblos poseían la verdad han declinado, porque escrito está: «No queráis engañaros á vosotros mismos; Dios no puede ser burlado; ⁽¹⁾ el siervo que, habiendo conocido la voluntad de su amo, no

(1) Gal., VI, 7.

obstante, ni puso en orden las cosas, ni se portó conforme quería su señor, recibirá muchos azotes». ⁽¹⁾

Aunque Dios no hubiese dado á estos pueblos otra gracia que la de la fe, y con ella santos, fuera ya razón suficiente para castigarlos.

Sí, este retroceso de los pueblos católicos es una prueba en pro de las funciones de jueces ejercidas por los santos. «Los santos—dice un viejo proverbio—no hablan, pero se vengan». ⁽²⁾ Así, pues, si hay una justicia divina y un tribunal presidido por los santos, el peso de su sentencia debe caer sobre los pueblos que rechazan tan grandes gracias, y superan á los paganos en ingratitud y en el abuso de la bondad de Dios. ⁽³⁾

Casi con intuición profética, escribía un poeta de la Edad Media: «¡Ay, cuando Dios contempla á la cristianidad, no puede menos de ver cuán lejos está de practicar la fidelidad con relación á Él. Difícilmente le perdonará esta falta, y si no quiere corregirse, le arrebatará su corona de gloria!» ⁽⁴⁾

Estas palabras han tenido cumplimiento. Sobre nosotros recae la vergüenza y la falta. Pero la justicia de Dios, la verdad de la religión y el honor de Dios no sufren por ello perjuicio alguno, antes al contrario, es esto una manifestación admirable de la verdad.

De aquí que, cuando hablamos de este enojoso asunto, es siempre mucho más ventajoso golpear el pecho con el publicano y decir con el escritor sagrado: «Ruego ahora á los que lean este libro que no se escandalicen á la vista de tan desgraciados sucesos, sino que consideren que estas cosas acaecieron, no para exterminar, sino para corregir á nuestra nación. Porque señal es de gran misericordia hacia los pecadores el no dejarlos vivir largo tiempo á su antojo, sino aplicarles prontamente el

(1) Luc., XII, 47.

(2) Körte, *Sprichwörter der Deutschen*, (2) 3361.

(3) Joinville, *Vie de St-Louis*, 2, 4, 62 y sig.

(4) *Warnung*, 1733 y sig.

azote para que se enmienden. En efecto, el Señor no se porta con nosotros como con las demás naciones, á las cuales sufre ahora con paciencia para castigarlas en el día del juicio, colmada que sea la medida de sus pecados. No así con nosotros, sino que nos castiga sin esperar á que lleguen á su colmo nuestros pecados. Y así, nunca retira de nosotros su misericordia, y cuando aflige á su pueblo con adversidades, no le desampara». ⁽¹⁾

6. Los santos como sal de la tierra.—No ciertamente; Dios no abandona á ningún hombre ni á pueblo alguno, mientras no se apartan de Él por completo. Porque una de las más consoladoras frases de la Escritura es que Dios ha hecho sanables las naciones. ⁽²⁾ Y allí donde su institución de salvación, la Iglesia Católica, no posea más que una cueva ó una cabaña solitaria, en donde pueda formarse un santo, nunca deberá desesperar ni del presente ni del porvenir.

Jamás caerá un pueblo irremisiblemente en la corrupción mientras tenga un solo santo. Y, gracias á Dios, los santos son inmortales; y aun hoy en día, no han desaparecido. Dios conoce á los suyos. ⁽³⁾

Ahora bien, cada santo es como una capa de sal, de la que depende la santidad y la conservación de los pueblos.

Que nadie crea que los santos tienen mediana influencia. Porque no hagan ruido, no hay que decir que están muertos. Al contrario, cuanto más se ocultan, tanto más tiempo tienen para obrar. Y precisamente ejercen tan gran influencia, porque no pierden tiempo en llamar la atención del mundo.

No hay un solo santo, aun el más silencioso y humilde, que no haya poseído la virtud de la sal. Por lo menos, ha impedido que la corrupción se difundiese por el mundo, y que se contaminase lo santo.

Sólo con esto, han ejercido ya los santos una influencia saludable sobre su época.

(1) Macc., VI, 12-16.—(2) Sap., I, 14.

(3) II Tim., II, 19.

Pero ninguno de ellos ha limitado á esto su actividad; todos han trabajado en extender el reino de Dios.

7. Los santos nos reconcilian con el mundo.—Esta actividad ennoblecedora de los santos nos reconcilia de nuevo con la humanidad.

Somos demasiado propensos á caer en el pesimismo y á despreciar á los hombres.

Proviene esto de que no elevamos nuestros ojos más allá de la tierra. Sin duda que no vemos muchas cosas consoladoras en torno nuestro. Nosotros mismos nos hallamos en situación tal, que nos vemos obligados á reconocer que podemos muy bien aumentar las miserias y pecados del mundo, pero no curarlos.

Si esto es todo lo que podemos hallar en la tierra, evidentemente es perdonable desesperar de la humanidad.

Pero no; hay todavía aquí bajo algo que puede llenarnos de valor y de esperanza, y son los santos.

Por cuanto sólo dirigimos nuestros ojos sobre nosotros y sobre nuestros semejantes, aprendemos á conocer nuestro pueblo y nuestra época por sus débiles y perversos aspectos. Sin embargo, la humanidad tiene todavía buenos aspectos, nobles rasgos. Si pusiésemos atención en nuestros santos y en los que seriamente se esfuerzan en imitarlos, veríamos, para nuestro mayor consuelo, cuán verdadero es esto. Cumpliríamos entonces mucho más alegremente nuestro deber, y perderíamos menos tiempo en irritarnos contra los demás y en censurarlos inútilmente. En vez de imitar al mundo, que se llama incorregible, enardecidos con el ejemplo saludable de acciones grandiosas, trabajaríamos con todas nuestras fuerzas para conseguir la perfección, que es en suma el verdadero honor y la verdadera grandeza del hombre.

8. La vida de los santos es una enseñanza para la política.—La contemplación de los santos no es únicamente una exhortación saludable para el individuo, sino también para la humanidad entera.

Desde los tiempos del paganismo, en que cualquiera que

no estuviese unido á los demás por los mismos intereses políticos era considerado como un enemigo ó un bárbaro, jamás se han visto otros en que la humanidad haya parecido, más que en los actuales, querer dislocarse, desgarrarse, aniquilarse.

Falta ahora á los pueblos todo lazo de unión viviente y sólido, y aun todo medio de inteligencia. Desde que la vieja expresión bárbara: *principio de las nacionalidades*, ha sido lanzada al mundo, reina una envidia entre las mutuas relaciones de los pueblos, una estrechez de ánimo y puntos de vista tales, que se sentiría uno tentado á reirse de esta conducta infantil y femenina, si no fuese tan aflictiva como peligrosa.

No parece sino que hemos vuelto á los felices días de nuestra infancia. Nuestro horizonte no se ha dilatado mucho. Porque, de lo contrario, ¿cómo fuera posible que juzgásemos con miras tan estrechas lo que nos es extraño? ¿cómo fuera posible que creyésemos obrar bien, cuando tratamos con tanto desdén y orgullo todo lo que no lleva nuestra divisa?

Pero esto nada tiene de asombroso. Desde que no se presta atención á los santos, no parece sino que nuestro ideal ha huído de este mundo. En parte alguna encuentra uno algo capaz de satisfacer la vista y contentar el corazón.

Para hacer desaparecer esta miseria, preciso es ante todo saber descubrir y apreciar las verdaderas cualidades humanas.

Ahora bien, sólo los santos nos las dan á conocer. Cada época tiene sus héroes. Todos los pueblos tienen sus representantes, los cuales nos muestran sus cualidades en la más espléndida luz. Todos han producido santos, y en éstos vemos cuán amables, útiles y grandiosos son esos rasgos de su nacionalidad, que con frecuencia nos chocan porque son mal representados.

¡Cuán fácil sería, pues, con este medio tan sencillo, apreciar en su justo valor á pueblos pertenecientes á dis-